

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

- Año 129
- Octubre 1978
- Número 10

santa sede

Juan Pablo I, Vicario de Cristo

«Que el Señor nos dé un Papa según el Corazón de Cristo». Esta era la plegaria que —tomada de la Liturgia *pro eligendo Summo Pontifice*— hacía insistentemente todo el Pueblo de Dios en vísperas del Cónclave. Y la plegaria fue escuchada. El día 26 de agosto por la tarde, teníamos un Papa como lo esperaba la cristiandad: Juan Pablo I.

* * *

Felicitaciones a la Iglesia de Jesús. Nos hemos felicitado mutua y gozosamente sacerdotes y fieles.

Una alegría desbordante llena nuestros espíritus desde la inolvidable tarde romana en la que nos encontramos con un nuevo Guía y Pastor.

El júbilo, el entusiasmo inundó rápidamente a todas las almas y a todas las comunidades eclesiales. E inundó también al mundo entero, sensible, esta vez más que nunca en la historia, a la elección del Sumo Pontífice.

Alegría y júbilo en el Pueblo de Dios por un doble motivo que en realidad se reduce a uno sólo: por tener un «nuevo Papa» y por tener «este Papa».

* * *

Bien podemos decir que el programa eclesial del Papa Luciani, su mensaje pastoral, están perfectamente expresados y sintetizados en el nombre que, con gesto verdaderamente profético, escogió al ser elegido para la Sede Apostólica: Juan Pablo.

El nuevo Papa quiere hacer suya y repartir entre todos sus hijos —así lo afirmó en su primer discurso— la espléndida y rica herencia espiritual de sus dos inmediatos predecesores, Juan XXIII y Pablo VI. No podemos hablar de un nuevo Pontífice al estilo del Papa Roñcalli, ni de un Pontífice al estilo del Papa Montini. El Señor ha dado ahora a su Iglesia el don de un Pastor supremo que con estilo inédito sintetiza en su personalidad humana, en su figura sacerdotal y en su carácter eclesial, las grandes dotes que distinguieron a los dos últimos Papas. Juan Pablo I posee toda la bondad e intuición pastoral de Juan XXIII y todo el humanismo y sabiduría evangélica de Pablo VI. El Papa Juan Pablo llega para indicarnos los caminos del Señor, como lo hizo el Precursor, y para hacerlo con la fuerza, la apertura y la generosidad con que lo hizo el Apóstol de las Gentes.

Albino Luciani, sacerdote de exquisita finura espiritual, reflejada siempre en sus palabras, gestos y acciones, aparece a través de sus escritos y en sus actividades apostólicas, como un hombre profundamente enamorado de Cristo, apasionadamente entregado a la Iglesia. Aprendió de Pablo VI —lo ha dicho él mismo apenas elegido Papa con una frase expresiva y feliz hasta el extremo— a «amar, servir, trabajar y sufrir por la Iglesia de Cristo». Y desde el primer momento no ha podido disimular que, al aceptar el supremo pontificado, se abrazaba a la cruz del Señor para mirar desde ella, en actitud de crucificado, a todos los pueblos y a todos los hombres, particularmente a los más pobres y a los más humildes.

Juan Pablo I: el Papa de la benignidad, de la sencillez —*Humilitas* es el lema de su escudo—, y por ello de la esperanza. Su elección ha llenado a todos de esperanza cristiana, y sus primeras actuaciones, como sus primeras palabras, han suscitado oleadas de simpatía y entusiasmo hacia su persona y hacia su función de Vicario de Cristo en la tierra.

En su primer discurso programático nos ha dicho que, manteniendo «inicta la grande disciplina de la Iglesia», hará que

ésta centre toda su atención en la tarea primordial que Cristo le encomendó al fundarla: la evangelización.

Hablando a los cardenales que lo acababan de elegir Papa, y dirigiéndose a través de ellos a todo el Pueblo de Dios, nos ha indicado ya cuáles van a ser las coordenadas de su acción pontificia, recordando —y esto es muy significativo— los dos documentos fundamentales de Pablo VI: la Encíclica *Ecclesiam suam* y la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*.

Juan Pablo I se ha declarado Papa del diálogo ecuménico, del diálogo con todos los hombres de buena voluntad. Se ha declarado heraldo de la paz y del progreso de los pueblos. Y se ha declarado Papa del Concilio, cuya aplicación quiere proseguir con empeño y pulso seguro. Será el Papa de la unidad interior de la Iglesia.

No se puede dar aún la semblanza del nuevo Pontífice ni presentar de forma completa su programa pastoral. Una y otro se irán delineando poco a poco a través de gestos y acciones, palabras y escritos.

Pero sí sabemos ya que la Iglesia cuenta con un Papa excepcional a nivel de sus grandes predecesores de este siglo. Un Papa ideal para esta hora, difícil pero esperanzadora, de la historia. Un Papa que nos enseñará a todos a ser buenos cristianos, a ser santos. Un Papa que sabrá guiar a la Iglesia certamente, con la valentía y decisión que exige la apremiante problemática de los tiempos nuevos, de estos últimos años del siglo xx.

Ya vemos gozosamente a Juan Pablo I apoyar su mano con pulso sereno, porque está asida a la de Jesús, sobre el timón de la nave de Pedro. Y ya vemos que la nave comienza a caminar por singladuras hasta ahora no previstas, hacia metas claras y bien definidas. Es una tarea cósmica la que espera al nuevo Papa.

Con inmenso amor al Papa, al terminar estos primeros y rápidos apuntes sobre Juan Pablo I, a él le decimos una palabra tomada del Evangelio: «Tú eres Pedro...», «Vicario de Cris-

to en la tierra». Y no tenemos ya que añadir nada. Pero nos queda por decir una palabra final, que la tomamos de la Liturgia pontificia, la cual dirigiéndose al Señor para agradecerle el don del nuevo Pastor dado a su Pueblo, usa el término *inmortales gratias*. Sí, gracias inmortales a Dios. Pero gracias también a los cardenales del Cónclave de 1978 que han sabido dar a la Iglesia «este Papa». Y gracias sobre todo por el testimonio de unidad eclesial que han dado al mundo con una elección tan rápida. *Inmortales gratias*.

CIPRIANO CALDERON

El programa del nuevo Papa

Primer Mensaje de Juan Pablo I a la Iglesia y al mundo, 27 de agosto

Venerables hermanos,
queridos hijos e hijas
de todo el orbe católico:

Llamado por la misteriosa y paterna bondad de Dios a la gravísima responsabilidad del Supremo Pontificado, os enviamos nuestro saludo; e inmediatamente lo extendemos a todos los hombres del mundo, que nos escuchan en este momento, y a los cuales, según las enseñanzas del Evangelio nos place considerar únicamente como amigos y hermanos. A todos vosotros nuestro saludo, paz, misericordia, amor: «La gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros» (2 Cor 13, 13).

EN EL TIMON DE LA NAVE DE PEDRO

Tenemos todavía el ánimo turbado por el pensamiento del tremendo ministerio para el que hemos sido elegido. Como Pedro, nos parece haber puesto los pies sobre el agua movediza y, agitado por el viento impetuoso, hemos gritado con él al Salvador: «Señor, sálvame» (Mt 14, 30). Pero hemos sentido dirigida también a Nos la voz, alentadora y al mismo tiempo

amablemente exhortadora de Cristo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado» (Mt 14, 31). Si las fuerzas humanas, por sí solas, no pueden sostener tan gran peso, la ayuda omnipotente de Dios, que guía a su Iglesia a través de los siglos en medio de tantas contradicciones y adversidades, no nos faltará ciertamente, tampoco a Nos, humilde y último *servus servorum Dei*.

Teniendo nuestra mano asida a la de Cristo, apoyándonos en El, hemos tomado también Nos el timón de esta nave, que es la Iglesia, para gobernarla; ella se mantiene estable y segura, aun en medio de las tempestades, porque en ella está presente el Hijo de Dios como fuente y origen de consolación y victoria. Según las palabras de San Agustín, que recoge una imagen frecuente en los Padres de la antigüedad, la nave de la Iglesia no debe temer, porque está guiada por Cristo: «Pues aun cuando la nave se tambalee, sólo ella lleva a los discípulos y recibe a Cristo. Ciertamente peligrará en el mar; pero sin ella al momento se sucumbe» (*Sermo* 75, 3; *PL* 38, 475). Sólo en ella está la salvación: *sine illa peritur!*

AL SERVICIO DE LA MISION UNIVERSAL DE LA IGLESIA

Apoyados en esta fe, caminaremos. La ayuda de Dios no nos faltará, según la promesa indefectible: «Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo» (Mt 28, 20). Vuestra adhesión unánime y la colaboración generosa de todos nos hará más ligero el peso del deber cotidiano.

Nos disponemos a asumir esta tremenda misión consciente de que la Iglesia católica es insustituible, de que su inmensa fuerza espiritual es garantía de paz y de orden, como tal está presente en el mundo, y como tal la reconocen los hombres esparcidos por todo el orbe.

El eco que la vida de la Iglesia levanta cada día es testimonio de que ella, a pesar de todo, está viva en el corazón de los hombres, incluso de aquellos que no comparten su doctrina y no aceptan su mensaje. Como dice el Concilio Vaticano II: «La Iglesia, que debe extenderse a todos los pueblos, entra en la historia humana, pero rebasando a la vez los límites del tiempo y del espacio. Y mientras camina a través de peligros y tribulaciones, es confortada por la fuerza de la gracia divina

que el Señor le prometió, para que a pesar de la debilidad humana no falte a su fidelidad absoluta, antes bien, se mantenga esposa digna de su Señor y no cese de renovarse a sí misma, bajo la acción del Espíritu Santo, hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso» (*Lumen gentium*, 9). Según el plan de Dios, que «congregó a quienes miran con fe a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz», la Iglesia ha sido fundada por El «a fin de que sea para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salvadora» (*ib*).

Bajo esta deslumbrante luz, nos ponemos enteramente, con todas nuestras fuerzas físicas y espirituales, al servicio de la misión universal de la Iglesia, lo cual implica la voluntad de servir al mundo entero: en efecto, pretendemos servir a la verdad, a la justicia, a la paz, a la concordia, a la cooperación, tanto en el interior de las naciones, como de los diversos pueblos entre sí.

Llamamos ante todo a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia cada vez mayor de su responsabilidad: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5, 13 s.).

Superando las tensiones internas que se han podido crear aquí y allá, venciendo las tentaciones de acomodarse a los gustos y costumbres del mundo, así como a las seducciones del aplauso fácil, unidos con el único vínculo del amor que debe informar la vida íntima de la Iglesia, como también las formas externas de su disciplina, los fieles deben estar dispuestos a dar testimonio de la propia fe ante el mundo: «Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (1 Pe 3, 15).

La Iglesia, en este esfuerzo común de responsabilización y de respuesta a los problemas acuciantes del momento, está llamada a dar al mundo ese «suplemento de alma» que tantos reclaman y que es el único capaz de traer la salvación. Esto espera hoy el mundo: él sabe bien que la perfección sublime a la que ha llegado con sus investigaciones y con sus técnicas ha alcanzado una cumbre más allá de la cual aparece ya aterrador el vértigo del abismo; la tentación de sustituirse a Dios con la decisión autónoma que prescinde de las leyes morales, lleva al hombre moderno al riesgo de reducir la tierra a un desierto, la persona a un autómatas, y la convivencia fraterna a una co-

lectivización planificada, introduciendo no raramente la muerte allí donde en cambio Dios quiere la vida.

La Iglesia, llena de admiración y simpatía hacia las conquistas del ingenio humano, pretende además salvar al mundo, sediento de vida y de amor, de los peligros que la acechan. El Evangelio llama a todos sus hijos a poner las propias fuerzas, y la misma vida, al servicio de los hermanos, en nombre de la caridad de Cristo: «Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15, 13). En este momento solemne, pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin supremo, hasta el último aliento, consciente del encargo que Cristo mismo nos ha confiado: «Confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

SIGUIENDO LAS HUELLAS DE JUAN XXIII Y PABLO VI

Nos ayuda a realizar esta grave tarea el grato recuerdo de nuestros predecesores, cuya amable benignidad e intrépida fuerza nos servirá de ejemplo en el ministerio pontificio.

Recordamos en particular las grandísimas lecciones de gobierno pastoral que nos dejaron los Sumos Pontífices más cercanos a nosotros, Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, que con su sabiduría, dedicación, bondad y amor a la Iglesia y al mundo han dejado una huella imborrable en nuestro tiempo atormentado y magnífico. Pero ante todo es al amado Sumo Pontífice Pablo VI, nuestro inmediato predecesor, a quien va todo nuestro conmovido afecto y toda nuestra veneración. Su muerte repentina ha dejado atónito al mundo, como tantos otros gestos proféticos que jalonaron su inolvidable pontificado; con ella ha quedado en su justa luz la estatura extraordinaria de aquel hombre, grande y humilde, a quien la Iglesia debe la irradiación extraordinaria alcanzada, no obstante contradicciones y hostilidades, en estos quince años, así como el esfuerzo gigantesco, infatigable, ininterrumpido, que puso en la realización del Concilio y en asegurar al mundo la paz: *tranquillitas ordinis*.

LOS PUNTOS DEL PROGRAMA PONTIFICIO

Nuestro programa consistirá en continuar el de Pablo VI siguiendo las huellas marcadas ya con tanta aceptación por el gran corazón de Juan XXIII:

- *Aplicar el Concilio*

— Queremos continuar con empeño la aplicación del Concilio Vaticano II, cuyas sabias normas han de seguir llevándose a la práctica, velando para que ni intentos generosos, pero tal vez imprudentes, tergiversen su contenido y significado; ni actitudes de freno o de timidez paralicen su magnífico impulso de renovación y vida.

- *Conservar intacta la disciplina de la Iglesia*

— Queremos mantener intacta, en la vida de los sacerdotes y de los fieles, aquella grande disciplina de la Iglesia, que su misma historia enriquecida con la experiencia, acreditó a lo largo de los siglos con ejemplos de santidad y perfección heroica, tanto en la práctica de las virtudes evangélicas, como en el servicio a los pobres, humildes o indefensos; con este fin llevaremos adelante la revisión del Código de Derecho Canónico, tanto de tradición oriental como latina, para dar a la sabia interior de la santa libertad de los hijos de Dios la solidez de las estructuras jurídicas.

- *Centrar todas las energías en la evangelización*

— Queremos recordar a toda la Iglesia que su deber primordial es la evangelización, cuyas líneas maestras nuestro predecesor Pablo VI condensó en un documento memorable; animada por la fe, alimentada por la caridad y sostenida por el alimento celestial de la Eucaristía, la Iglesia debe buscar todos los caminos, emplear todos los medios, «a tiempo y a destiempo» (2 Tim 4, 2), para sembrar la Palabra, proclamar el mensaje, anunciar la salvación que despierta en los espíritus la inquietud por indagar la verdad y, con la ayuda de lo alto, los sostiene en ese afán. Si todos los hijos de la Iglesia fueran misioneros incansables del Evangelio, florecerían con nuevo vigor la santidad y renovación en este mundo sediento de amor y de verdad.

- *Proseguir el esfuerzo ecuménico*

— Queremos proseguir el esfuerzo ecuménico que consideramos como última voluntad de nuestros predecesores inmediatos, velando con fe inmutable, con esperanza invencible y

con amor incesante por la realización del gran mandato de Cristo: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21), expresado con vigor en el ansia ardiente de su corazón la víspera de la inmólación en el Calvario.

Las relaciones recíprocas entre las Iglesias de distintas denominaciones han realizado progresos constantes y extraordinarios, que están a la vista de todos; sin embargo es verdad que la separación no deja de seguir siendo ocasión de perplejidad de contradicción y de escándalo a los ojos de los no cristianos y de los no creyentes; por ello, nos proponemos dedicar nuestra atención y reflexión a todo lo que pueda favorecer la unión, sin menoscabo de la doctrina, pero también sin vacilaciones.

- *Promover el diálogo*

— Queremos proseguir con paciencia y firmeza el diálogo sereno y eficaz que el Sumo Pontífice Pablo VI, nunca bastante llorado, fijó como fundamento y estilo de su acción pastoral, dando las líneas maestras de dicho diálogo en la Encíclica *Ecclesiam suam*, a saber: Es necesario que los hombres, a nivel humano, se conozcan mutuamente, aun cuando se trate de los que no comparten nuestra fe; y es necesario que nosotros estemos siempre dispuestos a dar testimonio de la fe que poseemos y del encargo que Cristo nos encomendó, para «que el mundo crea» (Jn 17, 21).

- *Defender e incrementar la paz*

— Queremos, finalmente, secundar todas las iniciativas laudables y buenas encaminadas a tutelar e incrementar la paz en este mundo turbado; con este fin, pediremos la colaboración de todos los hombres buenos, justos, honrados, rectos de corazón, para que, dentro de cada nación se opongan a la violencia ciega que sólo destruye sembrando ruina y luto; y, en la convivencia internacional, guíen a los hombres a la comprensión mutua, a la unión de los esfuerzos que impulsen el progreso social, venzan el hambre corporal y la ignorancia del espíritu, fomenten el desarrollo de los pueblos menos dotados de bienes materiales, pero al mismo tiempo ricos en energías y aspiraciones.

SALUDOS Y ORIENTACIONES A TODO EL PUEBLO DE DIOS

Hermanos e hijos queridísimos:

En esta hora que nos hace temblar, pero en la que al mismo tiempo nos sentimos confortado por las promesas divinas, saludamos a todos nuestros hijos; desearíamos tenerlos aquí a todos para mirarles en los ojos y para abrazarlos infundiéndoles valor y confianza, y pidiéndoles comprensión y oración por nosotros.

A todos nuestro saludo.

A los cardenales, obispos y sacerdotes

— A los cardenales del Sacro Colegio, con los que hemos compartido horas decisivas y en quienes confiamos ahora y confiaremos en el futuro, agradeciéndoles sus sabios consejos y la valiosa colaboración que querrán seguir ofreciéndonos, como prolongación del consenso amplio que por voluntad de Dios nos ha traído a esta cumbre del ministerio apostólico.

— A todos los obispos de la Iglesia de Dios, «que representan cada uno a su Iglesia, y todos ellos juntamente con el Papa a la Iglesia universal en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad» (*Lumen gentium*, 23), y cuya colegialidad queremos consolidar firmemente solicitando su colaboración en el gobierno de la Iglesia universal, sea mediante el Sínodo, sea a través de los dicasterios de la Curia, en los que ellos toman parte según las normas establecidas.

— A todos nuestros queridos colaboradores, a quienes corresponde ejecutar fiel y continuamente nuestra voluntad; ellos tienen el honor de realizar una actividad que les compromete a una vida de santidad, a un espíritu de obediencia, a una dedicación apostólica y a un amor ferviente a la Iglesia que sirva de ejemplo a los demás. Los amamos uno a uno, y pidiéndoles que continúen prestándonos a nosotros, como a nuestros predecesores, su ya probada fidelidad, estamos seguro de poder contar con su trabajo preciosísimo que nos servirá de gran ayuda.

— Saludamos a los sacerdotes y fieles de la diócesis de Roma; a ellos nos une la sucesión de Pedro y el ministerio único y singular de esta Cátedra Romana «que preside en la ca-

ridad universal» (cf. San Ignacio de Antioquía, Epístola a los romanos, Funk I, 252).

— Saludamos de modo especial a los fieles de nuestra diócesis de Belluno, de la cual procedemos; y a los que en Venecia nos habían sido confiados como hijos afectuosos y queridos, en los que pensamos ahora con nostalgia sincera, recordando sus magníficas obras eclesiales y las energías que hemos dedicado juntos a la buena causa del Evangelio.

— Y abrazamos con amor también a todos los sacerdotes, especialmente a los párrocos y a cuantos se dedican a la cura directa de las almas, en condiciones muchas veces de penuria o de auténtica pobreza, pero sostenidos al mismo tiempo luminosamente por la gracia de la vocación y por el seguimiento heroico de Cristo, «pastor y guardián de vuestras almas» (1 Pe 2, 25).

A los religiosos, a las religiosas y a los laicos

— Saludamos a los religiosos y religiosas de vida contemplativa o activa, que siguen irradiando en el mundo el encanto de su adhesión intacta a los ideales evangélicos; y les rogamos que «sin cesar se esmeren para que por medio de ellos, ante los fieles y los infieles, la Iglesia manifieste de veras cada vez mejor a Cristo» (*Lumen gentium*, 46).

— Saludamos a toda la Iglesia misionera, animando y aplaudiendo con amor a los hombres y mujeres que ocupan un puesto de vanguardia en la proclamación del Evangelio; sepan que entre todos aquellos a quienes amamos, ellos nos son especialmente queridos; nunca los olvidaremos en nuestras oraciones y en nuestra solicitud, porque tienen un puesto privilegiado en nuestro corazón.

— A las Asociaciones de Acción Católica, así como a los Movimientos de denominación diversa que contribuyen con energías nuevas a la vivificación de la sociedad y a la *consecratio mundi*, como levadura en la masa (cf. Mt 13, 33), va todo nuestro aliento y nuestro apoyo, porque estamos convencido de que su actividad, en colaboración con la sagrada jerarquía, es hoy indispensable para la Iglesia.

A la juventud y a las familias

— Saludamos a los adolescentes y a los jóvenes, esperanza de un mañana más limpio, más sano, más constructivo, advirtiéndoles que sepan distinguir entre el bien y el mal, y realicen el bien con las energías frescas que poseen, procurando aportar su vitalidad a la Iglesia y para el mundo del mañana.

— Saludamos a las familias, «santuario doméstico de la Iglesia» (*Apostolicam actuositatem*, 11), más aún, «verdadera y propia Iglesia doméstica» (*Lumen gentium*, 11), deseando que en ellas florezcan vocaciones religiosas y decisiones santas, y que preparen el mañana del mundo; les exhortamos a que se opongan a las perniciosas ideologías del llamado hedonismo que corroe la vida, y a que formen espíritus fuertes, dotados de generosidad, equilibrio y dedicación al bien común.

A los que sufren

— Pero queremos enviar un saludo particular a cuantos sufren en el momento presente; a los enfermos, a los prisioneros, a los emigrantes, a los perseguidos, a cuantos no logran tener un trabajo o carecen de lo necesario en la dura lucha por la vida; a cuantos sufren por la coacción a que está reducida su fe católica, que no pueden profesar libremente sino a costa de sus derechos primordiales de hombres libres y de ciudadanos solícitos y leales. Pensamos de modo particular en la atormentada región del Líbano, en la situación de la Tierra de Jesús, en la faja del Sahel, en la India tan probada, y en todos aquellos hijos y hermanos que sufren dolorosas privaciones, sea por las condiciones sociales y políticas, sea a consecuencia de desastres naturales.

A las clases sociales humildes y a los responsables de la marcha del mundo

¡Hombres hermanos de todo el mundo!

Todos estamos empeñados en la tarea de lograr que el mundo alcance una justicia mayor, una paz más estable, una cooperación más sincera; y por eso invitamos y suplicamos a todos, desde las clases sociales más humildes que forman la urdimbre de las naciones, hasta los Jefes responsables de cada uno

de los pueblos, a hacerse instrumentos eficaces y «responsables» de un orden nuevo, más justo y más sincero.

Una aurora de esperanza flota sobre el mundo, si bien una capa espesa de tinieblas con siniestros relámpagos de odio, de sangre y de guerra, amenaza a veces con oscurecerla; el humilde Vicario de Cristo, que comienza con temblor y confianza su misión, se pone a disposición total de la Iglesia y de la sociedad civil, sin distinción de razas o ideologías, con el deseo de que amanezca para el mundo un día más claro y sereno. Solamente Cristo puede hacer brotar la luz que no se apaga, porque El es el «sol de justicia» (cf. Mal 4, 2); pero El pide también el esfuerzo de todos; el nuestro no faltará.

INVOCACION AL SEÑOR, A LA VIRGEN Y A LOS SANTOS PEDRO Y PABLO

Pedimos a todos nuestros hijos la ayuda de su oración, porque sólo en ésta esperamos; y nos abandonamos confiados a la ayuda del Señor quien, al igual que nos ha llamado a la tarea de Representante suyo en la tierra, no permitirá que nos falte su gracia omnipotente.

María Santísima, Reina de los Apóstoles, será la fúlgida estrella de nuestro pontificado.

San Pedro, «fundamento de la Iglesia» (San Ambrosio, *Exp. Ev. Sec. Lucam*, IV, 70; *CSEL* 32, 4, pág. 175), nos asista con su intercesión y con su ejemplo de fe invicta y de generosidad humana.

San Pablo nos gué en el impulso apostólico dirigido a todos los pueblos de la tierra; nos asistan nuestros santos Patronos.

Y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo impartimos al mundo nuestra primera y afectuosísima bendición apostólica.

JUAN PABLO I, PAPA

Sagrada Congregación
para los Sacramentos y el Culto Divino

RESCRIPTO

**APROBANDO LA RESTAURACION DEL DIACONADO
PERMANENTE EN ESPAÑA**

Beatísimo Padre,

El Presidente de la Conferencia Episcopal Española, postrodo a los pies de Vuestra Santidad, y en nombre de los obispos de la misma nación, pide humildemente para bien de las almas la facultad de restaurar en cada una de las diócesis el sagrado Orden del Diaconado como grado propio y permanente de la Jerarquía, de modo que el mencionado Orden pueda conferirse tanto a varones de edad madura, incluso que vivan en matrimonio, como a jóvenes idóneos.

(De la audiencia de Su Santidad del día 29 de abril de 1978).

Nuestro Santísimo Señor el Papa, Pablo VI, oído el informe del Cardenal Secretario de Estado, consideradas todas las razones expuestas, benignamente se ha dignado aprobar, según las peticiones, tanto la restauración del Orden del Diaconado permanente, como las normas propuestas para llegar al mencionado Orden, observando cuando en derecho proceda ser observado, especialmente las Letras dadas en forma de Motu Proprio «Sacrum Diaconatus Ordinem» del día 18 de junio de 1967 y las «Ad pascendum» del día 15 de agosto de 1972.

Pero la aprobación, en cuanto a las normas se refiere, se ha concedido *"ad experimentum"* por un período de tres años.

Transcurridos tres años desde la concesión de este rescripto, la Conferencia Episcopal Española se dignará informar cuidadosamente a esta Congregación sobre cómo se ha desarrollado la experiencia, y si la instauración de la nueva disciplina realmente ha repercutido en bien de las almas.

JACOBO, CARD. KNOX,
Prefecto

A. INNOCENTI,
Secretario

Roma, 5 de mayo de 1978.

iglesia diocesana

EL NUEVO PAPA

(Homilía del Sr. Obispo en la Misa de acción de gracias en la Catedral)

Después de la muerte de Pablo VI y de su enterramiento en la capilla de la Virgen de Donatello, todos los comentaristas coincidían en que el cercano Cónclave se prestaba difícil por la falta de un candidato claro que pudiera ser elegido para regir la Iglesia universal. En los días siguientes a la desaparición del Papa llegó a decirse que el número de personas aptas para ser su sucesor se acercaba a los veinte, cifra que se fue cribando después hasta quedar reducida, en las vísperas del Cónclave, a seis u ocho entre cardenales italianos y extranjeros.

Existía verdadera expectación en el comienzo del Cónclave, tanto por la actitud silenciosa y cerrada de los cardenales, como por la imposibilidad de orientarse acerca de las propuestas que pudieran tener a su favor el apoyo de algún grupo de electores. Los nombres que se barajaban en el momento de encerrarse éstos en la Capilla Sixtina, eran poco más que reflexiones de los periodistas que conocen el ambiente eclesiástico romano y las personas que destacan entre los cardenales de las diversas tendencias; reflexión que, por otra parte, era seguida con verdadera fruición tratando de adivinar el cauce del Espíritu.

Por estas razones, el Cónclave se presentaba como incógnita cuando se acercaba la fecha de su celebración, aunque la opinión general aseguraba que el Papa que esperaba anhelante toda la Iglesia, sería elegido entre el tercer y cuarto día de la magna asamblea. A las 6,24 de la tarde del sábado, hora italiana, veintiséis horas después del inicio del Cónclave, una larga e indecisa fumata dio al mundo la gran noticia. El nuevo Papa se llamaba Albino Luciani y era Patriarca de Venecia, de donde

en otros tiempos habían salido S. Pío X y Juan XXIII, y tomaba para su pontificado el significativo nombre de Juan Pablo I. En ese momento, lo mismo que caían los baldaquinos cardenales, los corazones de todos los fieles, dejando atrás el ambiente de candidaturas y preferencias, se inclinaban reverentes ante el Vicario de Jesucristo en la tierra.

LA BIOGRAFIA DEL PAPA

Juan Pablo I nació el 17 de octubre de 1912 en Forno di Canale, municipio de 1.674 habitantes, dedicado a la ganadería, al comercio de la madera y a la extracción de minerales, perteneciente a la provincia de Belluno y a la región del Veneto, en el alto nordeste de Italia, lindante con las fronteras de Austria y Yugoslavia. Es hijo de una familia de albañiles, de filiación socialista, que tuvo que emigrar a Suiza. Estudió en los seminarios de Feltre y de Belluno. En la Universidad Gregoriana cursó la Sagrada Teología, doctorándose con una tesis sobre Rosmini. Recibió la ordenación sacerdotal el 7 de julio de 1935. Fue coadjutor de las parroquias de Forno di Canale y de Agordo y profesor de Teología Dogmática, Moral y Derecho Canónico en el de Belluno. En 1948 es nombrado Pro-Vicario General de esta diócesis, desempeñando también la responsabilidad de Director Diocesano de la Catequesis y de profesor del Instituto Técnico Minero. El 15 de diciembre de 1958, Juan XXIII le nombra obispo de Vittorio Veneto, diócesis cercana a Venecia, y como tal asiste a las cuatro sesiones del Concilio Vaticano II. Once años después, Pablo VI le promueve a la archidiócesis de Venecia, donde sucede al Patriarca Urbani, repentinamente fallecido. En 1973 accede al cardenalato. En la Conferencia Episcopal Italiana fue miembro de la Comisión Doctrinal y más tarde su vicepresidente.

Describir su personalidad no es tarea fácil por los datos un poco contradictorios que nos han dado los medios de difusión. Hay acuerdo unánime de que se trata de un pastor, no de un diplomático ni de un curial. Habla el francés y el alemán, si las noticias que he leído son ciertas. Se puede pensar que las exigencias íntimas de su larga vida pastoral le hayan llevado a una constante profundización del Evangelio, a un compromiso personal con Jesucristo al que se llega a través de las gracias del pastoreo y de la llamada del Señor a encontrarle en

el contacto con las personas y sus problemas, en la oración y la vida litúrgica. De esta fuente deben manar sus características humildad y caridad. Posee además el carisma de la sencillez, que se ha llamado franciscana, y huye de protocolos y ceremonias.

Hay un aspecto de su personalidad que conviene examinar con detenimiento. Se dice de él que es un conservador, un reaccionario. Independientemente de sus ideas personales, pienso que como pastor de una comunidad cristiana tiene el deber de salir en defensa de la familia, de avisar del peligro marxista, de denunciar las desviaciones morales, de reaccionar ante peligrosas innovaciones... Pero un obispo que en un discurso denuncia las injusticias del mundo capitalista, al que apena los anillos y collares de oro colgados del cuello de la Virgen, mientras hay pobres que se mueren de hambre, que vende su anillo y su pectoral para ayudar a construir un centro de anormales, añadiendo que es poco el dinero que se recolectará, pero servirá para hacer comprender que los verdaderos tesoros de la Iglesia son los pobres..., no parece ser un conservador a ultranza, por lo menos no lo sería en España; aunque ciertamente no posea la apertura de ideas y convicciones de otros cardenales que en las vísperas del Cónclave aparecían en las listas de papables.

PRIMER MENSAJE DE JUAN PABLO I

El pensamiento de Juan Pablo I aparece nítido en su mensaje a los cardenales. En él alaba a sus antecesores, especialmente a Pablo VI al que la Iglesia debe su irradiación extraordinaria y la obra gigantesca, infatigable, que él puso en la realización del Concilio y en asegurar al mundo la paz. Se compromete con el Concilio, con el Ecumenismo, con la obra de la evangelización proclamada en un cercano y luminoso documento; tarea ya en marcha desde los anteriores pontificados. Quiere ponerse al servicio de la universalidad de la Iglesia y del mundo y con ello al servicio de la verdad, de la justicia, de la paz, de la colaboración internacional. Trata de llevar a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia de su responsabilidad con tal de que estén dispuestos a dar testimonio de la propia fe superando las tensiones internas y venciendo las tentaciones de acomodo

darse a los gustos del mundo. Considera importante conservar intacta la disciplina de la Iglesia en la vida de los sacerdotes y los fieles. Y termina saludando a los obispos, a los sacerdotes, especialmente a los párrocos, a las religiosas y religiosos de vida activa y contemplativa, a la Iglesia misionera, a la Acción Católica y los diversos movimientos de apostolado, a los jóvenes, a las familias santuario doméstico de la Iglesia, a cuantos sufren, a los enfermos, a los prisioneros, a los exiliados, a los perseguidos por la fe, a los parados... La Virgen Santísima, San Pedro y San Pablo son sus patronos celestiales.

He aquí la semblanza del nuevo Papa. Muchos datos de su vida se han quedado en el tintero: su enfermedad, su gran cultura, su conocimiento de escritores representativos de nuestro tiempo, sus libros, etc., etc.

* * *

Esta tarde se celebra en Roma la fiesta que sustituye a la coronación del Papa. La Misa que estamos celebrando quiere ser un homenaje espiritual a través del Sacrificio de Cristo, a la persona que ha recibido la herencia de Pedro.

✠ MAURO, *Obispo de Salamanca*

(3 de septiembre de 1978).

Tres razones para la acción de gracias por el nuevo Papa

La comunidad diocesana de Salamanca se reunirá mañana al mediodía en su casa propia, la Catedral, bajo la presidencia de su pastor, el Obispo, para dar gracias a Dios por la elección del nuevo Papa. No estará fuera de lugar decir algo ya de víspera sobre esta celebración de acción de gracias. Algo que sirva de incentivo para que seamos muchos a la hora de acudir a la cita.

Hay siempre en estas cosas un algo de convencional que resulta inevitable. Como me decía un amigo obispo, antiguo

alumno por más señas, ante los testimonios de júbilo por su nombramiento: «La pega que tienen es que habrían sido los mismos si el nombrado fuera otro». Esto es verdad, pero a medias. Porque puede ocurrir que ese júbilo sea más o menos convencional, más o menos intenso, más o menos sincero en unos casos que en otros. ¿Intentaríamos calibrar ahora qué es lo que ocurrirá en la ceremonia de mañana?

Por de pronto, eso, lo que es inevitable. Como católicos no podemos menos de alegrarnos del hecho de volver a tener Papa. Fuera quien fuera el designado sería lógico que mañana acudiéramos a la Catedral a dar gracias a Dios por haber dejado de ser huérfanos. Necesitamos del Papa que nos instruya, nos aliente, nos gobierne, nos muestre el camino. Nuestra situación sin él, es incómoda y triste. Es lógico que al cesar nos volvamos a Dios y le demos gracias por habernos dado un Padre, de nuevo. Es el hecho del que partimos.

Pero, en este día de septiembre de 1978, ¿damos gracias al Señor sólo por eso? No, evidentemente. A ese resultado se podía haber llegado de modos muy diversos. Hasta diríamos que, hablando en plan puramente humano, era verosímil que se llegara por uno que habría resultado doloroso, acaso hasta tremendo. Una asamblea electoral compuesta de personas venidas de los más remotos puntos del orbe, reflejando las divisiones y tensiones que hoy existen en la Iglesia, habría tardado días y días en ponerse de acuerdo. La diversidad es grande, la mayoría requerida altísima, las razones para mantener la propia posición podrían haber sido fuertes... ¿A quién habría extrañado un cónclave, si no largo, sí al menos no tan corto?

Pero no ha sido así. Al gozo de recobrar nuestro Pastor se añade el del modo de su designación. Fallaron todos los cálculos, quebró la lógica y bastaron unas horas, bien pocas, las mínimas en un mecanismo tan complicado, para darnos nuevo Papa. ¿No es razón dar gracias a Dios también por el dolor que nos ha ahorrado y la alegría que nos ha proporcionado? El Papa que hubiese salido tras largos debates e innumerables escrutinios sería tan Papa como el actual. Pero no por eso deja de ser un regalo del cielo esta gozosa unanimidad. Y es justo dar gracias al Señor por ella.

Finalmente, la persona. Claro que este es un terreno delicado, resbaladizo. Parece como si se estuviera comparando, y

eso es siempre odioso. Parece prematuro hablar de ello, cuando aún no se sabe qué ocurrirá, ni tenemos un conocimiento preciso de las líneas programáticas del nuevo Papa. Y sin embargo, hay razones para dar gracias a Dios por la persona elegida. Porque ha respondido a lo que la gente quería, porque no viene de rodar por nunciaturas y despachos curiales, sino de una diócesis. Porque su familia es humilde. Porque se muestra profundamente religioso...

Cada día que pasa se van conociendo nuevos rasgos de él, que hacen su figura más y más atractiva. De la simple deducción: «Muchas cualidades tenía que tener para ganarse con esa fulgurante rapidez tantos sufragios», se va pasando a una mayor claridad: «Tiene tantas cualidades que no es extraño que se llevara así los sufragios». Este consuelo que experimentamos al leer las noticias que de él nos llegan es el que hará brotar mañana sentida acción de gracias de nuestros labios en la Catedral.

No sólo tenemos Papa. Es que además nos ha llegado de un modo admirable. Se apellida Luciani, es religioso y bueno, y se llama Juan Pablo I. Hay que ir a la Catedral a dar gracias a Dios por todo ello.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA

Cancillería - Secretaría

Nombramiento

- Encargado de Añoover de Tormes: D. Miguel B. Romero Fonseca (6-IX-1978).

iglesia española

XXIX Asamblea Plenaria del Episcopado

CONCLUSIONES

APROBADAS SOBRE LA IGLESIA Y LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL (19-24-VI-1978)

1. Los obispos españoles, reunidos en la XXIX Asamblea Plenaria, hemos dedicado cinco jornadas de trabajo a estudiar y comprender el impacto de las Comunicaciones sociales sobre el hombre de hoy, para valorar el servicio de estos Medios a la cultura y a la evangelización.

2. Nos hemos acercado a este tema, tan complejo y apasionante, ayudados por personas expertas, seculares y clérigos, con quienes hemos tenido también una convivencia cordial y fecunda, que abre el camino a futuras colaboraciones.

3. Creemos haber conseguido como fruto de nuestro trabajo —que ha comprendido diez ponencias, múltiples debates, cuatro foros, cuatro mesas redondas y tres exposiciones— los objetivos que nos fijamos de partida: una toma de conciencia sobre la importancia de las Comunicaciones Sociales, desde nuestro ministerio de la Iglesia; un contacto enriquecedor con los informadores religiosos y con otros expertos de la comunicación oral, escrita y audiovisual; una adopción de líneas de trabajo, que han de orientar o canalizar la acción pastoral de nuestra Iglesia en ese campo.

4. La Conferencia Episcopal Española ha aprobado, al término de sus sesiones, el día 24 de junio de 1978, un programa de acción, a corto y a medio plazo, que se concreta en los puntos siguientes:

a) Recomendar a los obispos la creación, donde no exista, a nivel diocesano (y, de no ser posible, interdiocesano) de De-

legaciones de Medios de Comunicación Social, como instrumentos de promoción y coordinación de la labor de la Iglesia en este sector, y enlace natural con los hombres que lo representan en cada provincia o región. Renovar y potenciar las delegaciones que ya existen.

b) Encargar a la Comisión Episcopal correspondiente un proyecto de Centro de investigación y orientación sobre Medios de Comunicación Social, como servicio de la Iglesia a estos Medios, e instrumentos de reflexión para el uso pastoral de los mismos.

c) Programar encuentros con los informadores religiosos, con los directores de Hojas Parroquiales y de Revistas de la Iglesia, para estimular su coordinación, su eficacia pastoral y su comunión eclesial.

d) Reestructurar y renovar, con arreglo a las nuevas exigencias de la sociedad y de la radiodifusión española, la Cadena de Ondas Populares, vinculada a la Conferencia Episcopal. Desarrollar el mismo programa con la Agencia de noticias «Prensa Asociada».

e) Promover la colaboración entre las Comisiones Episcopales de Medios y de Enseñanza, para el uso de las técnicas audiovisuales —minimedios— en la pastoral catequética con pequeños grupos.

f) Reanudar los contactos entre las Comisiones Episcopales de Medios y de Doctrina de la Fe, a fin de renovar la «calificación de espectáculos», ampliando los elementos de orientación para los profesionales y para los usuarios.

g) Organizar, en el momento oportuno, cursos monográficos sobre Medios de Comunicación Social para Obispos, abiertos también a profesionales de estos Medios, cuando el tema requiera el trabajo conjunto.

Madrid, 24 de junio 1978.

El Papa Juan Pablo I ha muerto

Ya en prensa este número del Boletín, dedicado a la figura del Papa Juan Pablo I, nos llega la noticia del fallecimiento inesperado del mismo. Como primicias de esta triste noticia publicamos el siguiente artículo:

En la madrugada del 29 de septiembre.

Así como nos lo dieron a conocer: sonriente, humano, sencillo, profundamente evangélico, así nos ha dejado. Ha muerto como los pobres, de forma totalmente silenciosa, sin el acompañamiento de nadie. Murió como vivió: en sencillez.

Cobran, en este momento, actualidad las palabras de la Liturgia de la Palabra del domingo 25 del Tiempo Ordinario, ...«mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos». Duro golpe para nosotros, los hombres, amigos de todo aquello que nos pueda significar.

Y prueba de fuego para la fe. En el sentido de purificación, de iluminación, de conversión, de esperarlo todo de El. Nosotros, los creídos del siglo xx.

Juan Pablo I se acercó a los hombres lo suficiente.

Charló con ellos... los bendijo... los amó. Sus catequisis de «padre» eso parecían indicarnos.

En 32 ó 33 días, los caminos del mundo miraron a Roma.

En los primeros días de su «servicio al mundo» nos decía: «...Rezad por el Papa».

Ahora en soledad, en onfandad, en dolor casi físico, cumplimos tu mandato: *Rezamos por ti, Padre.*

Salamanca, festividad de los Santos Arcángeles: Miguel, Gabriel y Rafael.

Fdo.: JOSE LUIS VICENTE